

## CAPÍTULO I

*La sintonía musical, con la que solía dar inicio el telediario de la cadena estatal, consiguió que en la mayoría de los hogares del país, se prestase atención a las últimas noticias llegadas a la redacción. En uno de los laterales de la pantalla, se apreciaba la fotografía de un hombre que, según la información facilitada por la policía autonómica, parecía ser que éste había desaparecido. Se desconocían las causas y el lugar de los hechos, pero sí que la ausencia había sido denunciada aquella misma mañana por su esposa.*

A las siete treinta de la mañana como cada día laborable, el zumbido del despertador que Clara tenía sobre la mesilla de noche, la anunció que era el momento de levantarse. Poco antes de hacerlo y mientras ella todavía permanecía tumbada, extendió su brazo izquierdo hacia el lugar que Alberto solía ocupar en la cama, para comprobar si éste había regresado. Sin embargo, el sitio permanecía, tal como ella lo dejara la noche anterior al acostarse.

Una vez vestida y sin tan siquiera haber tomado el café matinal, Clara Santamaría abandonó su residencia, para acudir a la comisaría de los mossos d'escuadra.

El centro policial no se encontraba muy lejos del domicilio conyugal, aunque para llegar a él, debía cruzar al otro lado del Paseo de la Bonanova. Se detuvo en el cruce de la calle Mandri, donde esperó

a que el semáforo cambiase. Ya con éste en verde, cruzó y avanzó con paso rápido.

En aquel instante, en la comisaría se vivían momentos de júbilo, al haber conseguido un grupo de sus efectivos, la detención de una banda de ladrones de pisos. Estos cacos habían mantenido durante meses, en alerta y preocupados a todos los vecinos del barrio.

Clara al llegar a la entrada, se dirigió al agente uniformado situado en ella.

—Por favor, para poner una denuncia por desaparición ¿A quién tengo que dirigirme?

El policía amablemente la indicó que subiese a la segunda planta y preguntase por el sargento López.

El rostro de la mujer mostraba, los claros indicios del estado de nervios y desesperación en los que se encontraba, ante la falta de noticias del esposo. No es que el matrimonio pasase por el mejor de los momentos, ya que ella mantenía una relación adúltera con Galerón, que era socio de Alberto, pero sí que su silencio la tenía preocupada.

Clara localizó la mesa del policía y esperó a que aquél levantara la vista de los papeles, que en ese momento leía.

—Perdone no la había visto —se disculpó el agente, cuando se dio cuenta de que estaba siendo observado—. Siéntese por favor.

Una vez que Clara estuvo sentada, el policía la interrogó.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a denunciar la desaparición de mi esposo —en ese momento, la angustia la atenazó y derramó las primeras lágrimas.

—Explíqueme. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —El agente se preparó, para tomar nota de todo lo que la mujer le pudiese decir, a cerca de las circunstancias por las que ella lo daba por desaparecido.

—Mi esposo es uno de los dos socios propietarios de la empresa M.G.S.A. El lunes pasado, emprendió viaje a París por dos días. Bueno, eso es lo que me indicó al marchar. Sin embargo, hoy es viernes y no tengo noticia alguna de él.

—Y en la empresa ¿tampoco saben nada?

—No... Andrés... bueno, el señor Galerón me ha dicho que Alberto no le ha telefoneado y que desconocía, cuál era el motivo de ese viaje a la capital francesa.

—Señora, le voy hacer una serie de preguntas que le pueden resultar algo dolorosas, pero es mi obligación conocer otras circunstancias, por las que su marido haya podido desaparecer.

—Usted dirá —dijo la mujer con la voz en un hilo.

—Dígame con toda sinceridad: ¿Cuál es el estado de la relación entre ustedes? ¿Sospecha que él pueda tener una amante?

—Verá, llevamos veintidós años casados y como en todas las parejas, hemos tenido y tenemos momentos altos y bajos, sin embargo Alberto pasa muchas horas en el trabajo y no le conozco relación alguna con otra mujer.

—¿Ha comprobado si las cuentas bancarias que ustedes tienen en común, han sufrido alguna retirada de dinero importante?

—Precisamente ayer, estuve en la entidad bancaria. Al solicitarles un nuevo talonario, junto con éste me facilitaron el extracto del mes. Aquí lo tiene —dijo extrayéndolo del bolso de mano.

El sargento López hojeó el extracto bancario y observó que no había ningún movimiento desde hacía días y que los importes cargados en la cuenta, se correspondían con los pagos normales a las entidades, del agua, luz y teléfono.

—¿Cuál cree usted que puede haber sido el motivo de su desaparición?

Ante la pregunta del policía, la mujer tomó aire y luego como si hablara consigo misma dijo.

—No lo sé...

—Una última pregunta: ¿Tiene alguna foto actual de él?

Clara extrajo del monedero, una foto de Alberto de hacía cinco años.

—Es la más reciente que tengo. Pero se conserva casi igual.

El policía observó la foto, por si había algún detalle físico sobre el que apoyarse para la búsqueda, pero no vio nada destacable.

—Bien, señora. Regrese a casa por si hubiese alguna noticia, mientras tanto nosotros iniciaremos la búsqueda. Si usted recibiera alguna comunicación, hágamelo saber. Aquí tiene nuestros teléfonos. Puede ponerse en contacto con nosotros, durante las veinticuatro horas. Tan pronto dispongamos de noticias, se las haremos llegar.

Clara se levantó y después de estrechar la mano al agente para despedirse, abandonó la comisaría. Una vez en la calle, tomó el camino que la llevaría de regreso al hogar.

Una vez solo, López llamó a Gonzalo, el agente de apoyo que tenía. Cuando lo tuvo delante, le puso en antecedentes de lo que Clara le había relatado. Era necesario comenzar a recabar información sobre posibles pistas: billetes de avión a nombre del desaparecido, alquiler de coche, hoteles...

El policía pensó, en lo fácil que le había resultado a la mujer, indicar el nombre del socio de Alberto y el tratamiento tan amistoso que le había dado.

Pero eso, era una de las normas de un buen investigador, cualquier cosa debía de llamarle la atención, aunque no guardase relación alguna.

## CAPÍTULO II

Durante el camino de regreso al domicilio, los pensamientos de Clara la llevaron a preguntarse cómo había permitido que su vida llegara hasta aquel punto. Conocía a Alberto desde hacía algo más de treinta años. Coincidieron por primera vez, en el aula de Derecho Romano de la Autónoma, en la que los dos estaban matriculados.

Pocos días más tarde de aquel encuentro, ya eran amigos íntimos. Compartían los apuntes de clase, solían quedar hasta altas horas de la noche para repasar temas... En fin, que la presencia de Alberto en el día a día, se convirtió por aquel entonces en algo normal.

Consiguieron la licenciatura el mismo año y juntos entraron a trabajar en el bufete de Rocamora & Bosque. Frecuentaban los mismos ambientes, tenían gustos similares, todas estas coincidencias facilitaron que la relación como novios fuese muy corta. Parecían confirmar aquella frase lapidaria “de que estaban hechos el uno para el otro”.

Una vez casados, sufrieron el hambre de los novatos por prosperar, lo que les llevó a trabajar muy duro. Así que la búsqueda de un bebé fue quedando aparcada durante largo tiempo, aun a sabiendas de que aquélla era la ilusión máxima de Alberto.

Ahora se daba cuenta de su error. Ella, cada vez que él se lo proponía, le argumentaba que todavía no era el momento. Y con esa máxima, aquél no había visto consumado el anhelo de ser padre, hasta